

CAPÍTULO XLIV.

Cómo Sancho Panza fué llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á Don Quijote.

DICEN, que en el propio original desta historia se lee, que, llegando Cide Hamete á escribir este capítulo, no le tradujo su intérprete como él le habia escrito, que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de DON QUIJOTE, por parecerle que siempre habia de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios mas graves y mas entretenidos; y decia, que el ir siempre atendido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sujeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor; y que, por huir de este inconveniente, habia usado en la *Primera Parte* del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso Impertinente*, y la del *Capitan Cautivo*, que están como separadas de la historia, puesto que, las demás que allí se cuentan, son casos sucedidos al mismo Don Quijote, que no podian dejar de escribirse. Tambien pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atencion que piden las hazañas de Don Quijote, no la darian á las novelas, y pasarian por ellas, ó con priesa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrará bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de Don Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz: y así, en esta *Segunda Parte*, no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino



algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan á declararlos: y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le dén alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir: y luego prosigue la historia, diciendo que, en acabando de comer Don Quijote el día que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscase quién se los leyese; pero, apenas se los hubo dado, cuando se le cayeron, y vinieron á manos del duque, que los comunicó con la duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de Don Quijote; y así, llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento al lugar que, para él, habia de ser ínsula. Acaeció pues, que, el que le llevaba á cargo, era un mayordomo del duque, muy discreto y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discrecion, el cual habia hecho la persona de la condesa Trifaldi, con el donaire que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores de cómo se habia de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo pues, que acaeció que, así como Sancho vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi; y, volviéndose á su señor, le dijo: "Señor: ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy, en justo y en creyente, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida." Miró Don Quijote atentamente al mayordomo, y, habiéndole mirado, dijo á Sancho: "No hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente (que no sé lo que quieres decir); que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo, pero no por eso el mayordomo es la Dolorida; que, á serlo, implicaria contradicion muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intrincados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á Nuestro Señor muy de veras que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores.— No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denantes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oidos. Ahora bien, yo callaré, pero no dejaré de andar advertido, de aquí adelante, á ver si descubre otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha.— Así lo has de hacer, Sancho, dijo Don Quijote; y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere." Salió en fin, Sancho, acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gaban muy ancho, de camelote de aguas, leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho á la gineta; y detrás dél, por órden del duque, iba el rucio, con jaeces y ornamentos jumentiles de seda, y flamantes. Volvía Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemaña.